
PREGÓN DE FIESTAS 1992

Fernando López Prats

Fernando López Prats

Natural de Yecla. Doctor en Medicina y Cirugía (U.A.B.) y Profesor Titular de Cirugía Ortopédica y Traumatología y Vicedecano de la Facultad de Medicina U.M.H. Componente de una familia de tradición yeclana, profesionalmente se formó en Barcelona, para regresar luego a Yecla y residir actualmente en Campello (Alicante). Su padre, D. Pedro López Ibáñez fue con anterioridad igualmente Pregonero.

Presidencia, Dignas autoridades, Amigos todos:

Por yeclano bien nacido, van a ser aquí mis primeras palabras, como Pregonero del año 1992, de gratitud y de súplica. De gratitud, hacia aquellos que me han distinguido con tan alto honor: la Junta Directiva de la Asociación de Mayordomos, y de súplica a todos ustedes por su benevolencia para enjuiciar mi actuación. Por yeclano en ejercicio es comprensible el manifiesto de la alegría que de entrada el nombramiento me causó. Por yeclano responsable no pude evitar que la duda me asaltara sobre lo que mi concreta preparación podría ofrecer en palabras a nuestra Patrona, a nuestra Fiesta y a ustedes, por lo que intentaré, modestamente, merecer la misión. Por yeclano solidario la codicia del ego, se transformó en la reflexión del servicio a los demás. ¿Qué puedo decir y ofrecer?, ¿qué pensamientos o hechos expondré?, a mi mente acudieron las palabras que Ramón y Cajal dijo sobre la limitación del saber médico, “no hay cuestiones agotadas, sino hombres agotados en las cuestiones”. Y la verdad, amigos, es que nuestra antigua Fiesta, no está agotada, está comenzando. Cada año comienza con la alegría del recuerdo y de la renovación, y cualquiera de nosotros tiene en su acervo cultural ideas, sentimientos y vivencias para pregonar, para comentar ante un grupo de amigos, que como en esta noche, se han reunido para gritar ante los

hombres las palabras que claman la alegría de nuestros corazones, al renovar en nuestra ciudad, el amor que dedicamos a la Virgen María en nuestra Fiesta Patronal.

Once cualificadas voces me han precedido en este atril. Voces de prestigio que han derramado hacia ustedes, con amor, autoridad y belleza, los diversos aspectos que presenta nuestra Fiesta. Han pregonado lo ya conocido y también lo entrañable. En suma, han desnudado su alma, y mostrado el sentir de sus corazones y de íntimos deseos, con humildad y, quizás también, con un poquito de vergüenza en este acto público. Cada pregonero ha dado un especial carácter a su pregón. Es natural; depende de las cualidades culturales, profesionales y cronológicas, de las convicciones e íntimas creencias que tenga. Todos tienen en común el amor a la Purísima; el resto de sus contenidos y de la estructura es distinto en cada uno de ellos. Estas once voces maestras han combinado con artesanía la razón de ser de la Fiesta, su evolución temporal y en el pensamiento popular; el conocimiento de los hechos más significados y el sentir de los yeclanos con la Virgen, pues transmitieron con sus palabras lo que Martín Martí Font llamó "la embriaguez de la Fiesta". Mi fehaciente reconocimiento a ellos va por delante.

Construir un Pregón para anunciar nuestra Fiesta, en mi caso ha sido fácil, pues soy de Yecla, amo a la Virgen María y me gusta mucho el estruendo con que lo manifestamos. Por lo que en tres pequeños apartados, y con el bisturí del cirujano disecando lo más entrañable de mis sentimientos, voy a referirme a mi sentir yeclano, a lo que representa para mí la Virgen María, y la visión que tengo de nuestra Fiesta.

SENTIR YECLANO

Pocas veces he escuchado un ejercicio de yeclanismo tan puro como el mostrado por Don Antonio del Moral, pregonero de 1985, auténtico yeclano sentimental. Tomando en usufructo sus manifestaciones, les puedo afirmar que: "Yo soy Yeclano, ¡Y bien que me alegro!". Yo he nacido en la planta baja de una casa de la calle de San Pascual; la primera visión que tuve del mundo exterior fue a través de su amplio ventanal que daba al cerro

del Castillo, y desde entonces ha ido conmigo su ascético perfil. He recibido las aguas bautismales en la Basílica de la Purísima. Mis labios se han puesto pegajosos con la dulce miel de los libricos de la viuda de Tornero. He crecido con el sabor de las gachasmigas, del relleno y de los gazpachos. Mis paseos por el Parque, alrededor del kiosko, han sido acompañados por el airoso aleteo de las palomas, y por el refrescante ozono que la tierra mojada desprendía, cuando el jardinero en característicos abanicos la regaba al caer la tarde; lo que coincidía con la hora en que pasaba el cuervo, la hora de la merienda, y el pan con vino y azúcar hacía aparecer en nuestras mejillas unos "saludables" colores. Mis sueños infantiles fueron agradablemente perturbados por las melódicas voces de los auroros y, por la seguridad que sentía, al oír el golpeteo del garrote del sereno en las esquinas de las casas y en los adoquines de las aceras. No siempre fue así, muchas noches su lejana y lánguida voz dando la hora y el tiempo, se convertía en próxima e imperiosa para despertar a mi padre por un aviso urgente en demanda de ayuda médica. He tardado muchos años en comprender esa abnegación y la solitaria angustia de su responsabilidad.

Mis primeras letras en el Colegio de las monjas de San Vicente, con sor Felisa, iniciaron mi pasión por la lectura a mis recién cumplidos dos años. Mi educación continuó en el viejo edificio del colegio Calasancio, y en la escuela de la torre del "Reloj" junto a mi amigo Fulgencio, con maestros ya desaparecidos como el padre José María Navarro, don Paco Rico, don Fausto Soriano, don Francisco Benedito y don Carmelo Ortín, y otros que nos honran con su permanencia, a quienes respeto por enseñarme a amar la verdad. Mis sueños infantiles, alcanzaron su cúspide al formar parte de la compañía del capitán Zaplana a los cinco años de edad. Mis fantasías de preadolescente fueron saciadas con continuos enamoramientos yeclanos, en los que era acompañado por mi amigo Tony Torregrosa compartiendo en ocasiones intereses afectivos femeninos, el último de los cuales, en pleno estirón de la adolescencia, se prolongó y es hoy mi mujer.

He sido yeclano ausente durante veinte años, y les aseguro, que allí donde estuve, ejercí como tal, enarbolando los colores de identidad de la tierra yeclana, nuestro modo de hacer y de los símbolos y valores que revelan

nuestra vida interior. Valores singulares que nos han conferido un carácter, el yeclanismo, que gobierna nuestra existencia sin dejarnos limitar o condicionar por las circunstancias ajenas a nuestro entorno, y que se asienta sobre nuestra integridad moral y una vida honesta. Ahora soy un afortunado yeclano que ha recibido el premio del retorno a sus raíces. Por eso, puedo gritar que: Yo soy Yeclano, ¡Y bien que me alegro!”.

SENTIR MARIANO

Celebrar el ser yeclano es mucho más que simple recuerdo. En una celebración hay siempre presencia y encuentro. No de algo, sino de alguien y con alguien. Esta noche, de los yeclanos y con la Virgen. La cercanía de la Madre de Dios en nuestra conducta, nos da ojos nuevos para ver la verdad de la realidad, para ver la verdad de los seres humanos y para ver la verdad de Dios.

En la actualidad, el interés exclusivo por lo que perciben los ojos, por lo que tocan las manos, es el responsable de una estrechez de miras de la mayoría de los hombres, para los cuáles, el mundo mide lo que mide su casa y lo que su dinero sea capaz de comprar, en pocas palabras: a fuerza de no verlo, se han quedado sin horizonte. Hace poco leí en un diario: “En Somalia, entre montones de cadáveres, un niño desnutrido e inmóvil al que se le daba por muerto, se salvó de ser enterrado vivo porque le vieron derramar lágrimas”. Es indignante y desconsolador ver que muchos seres humanos protestan ante cualquier minucia ajena, que supuestamente le afecte, y en cambio, permanecen impertérritos ante estos cuerpos infantiles que todavía viven, pero ¡viven para ver cómo sus propios esqueletos van emergiendo de sus cuerpos hasta tomar la forma de la muerte!. El hombre actual tiene el cerebro en el estómago y el sexo bajo el cráneo; estamos perdiendo lo que merece la pena hacer sobrevivir: el corazón. Los anticristos con sus antivalores, pretenden enseñarnos que salvar vidas humanas no es ecologista, y que dejarlas morir es pura profilaxis demográfica. A ningún poder se le ha ocurrido destinar una parte específica del impuesto sobre la renta, para ayudar, a esos semejantes que nos miran fijamente y mantienen y clavan su mirada infinita, aunque cerremos nuestros ojos. Hace diez años, en Madrid, Juan Pablo II

dijo que quien negara la defensa a la persona humana, nacida o no nacida, cometería una gravísima violación del orden moral. ¡Nunca se puede legitimar la muerte de un inocente!.

Yo no sé qué decir, siento la vergüenza de ser hombre. Aquí muere medio mundo y lo mata el otro medio. Medio mundo acumula la capacidad de vivir, mientras que en el otro medio aumenta la incapacidad de sobrevivir. Ya no queremos ver, o ya no sabemos mirar.

En mi cerebro y en mi corazón está la idea de que el yeclano no se encuentra tan aquejado de esa atroz miopía y ello creo que es debido a su tendencia al ideal de María Inmaculada. Tenía que decir todo esto, porque creo honestamente en la Virgen María, no lo duden, nos obliga a bajar de la cruz a los pueblos crucificados, con la misericordia y la solidaridad. Amigos, ¿cómo vamos a rezar a la Virgen de los Desamparados, sin pensar en los desamparados?.

La devoción mariana mantiene encendida la espiritualidad en el corazón de nuestro pueblo, y tiene, como diría un moderno, mucho tirón. Pero, ¿quién es y qué representa esa mujer que invocamos como Madre, a quién cantamos, adoramos y proclamamos como Reina de Yecla su Patrona?.

Se llama María. "Amada de Yafivé". Para nosotros es la Virgen del Castillo, María Inmaculada, y a muchas niñas y mujeres que llevan su nombre, las llamamos "Immafi". Los Santos Padres de la Iglesia de Antioquia, población que hablaba el sirio occidental, dialecto del arameo, dan fe de que "Abbá" (papá) e "Immafi" (mamá) son las primeras palabras que los niños balbucean. Casi seguro que así sonaba el nombre de María en boca del pequeño Jesús. Así se dirigía probablemente a Ella José, cuando hablaba con Jesús. De esta forma llamaban los hijos hebreos a sus madres. En la boca del "niñico" Jesús, ¿qué conjunto de armónicos resonaban al decir sencillamente "Immafi" volviendo su rostro y expresividad hacia Myriam de Nazareth? Puedo imaginar el estremecimiento del corazón maternal de María, cuando a media lengua, Jesús le dijo por primera vez, en su arameo

natal: "Immafi". Es decir: mamá.

Para muchos de nosotros, decir "María" significa todavía el secreto a voces de una infancia enamorada, significa el entreabrirse estremecido a un paisaje con madre, al calor del sol recién estrenado cada día, a la costumbre del beso y la sonrisa, del brillo de los ojos y el pan de las caricias en el aprendizaje de la primera fe. Hacer recuento de María en nuestra historia yeclana, significa tanto como hacer la historia de una declaración de amor. Decimos "María" y se puebla la memoria de nombres saltarines y de ciudades en flor, recostadas en las colinas de nuestra imaginación: Nazareth, Belén, Caná de Galilea, Cerro del Castillo. Decimos "María" y nos crece por dentro un especial anhelo, bello y familiar, que muestra lo mejor de nosotros mismos hecho mujer. María nos aporta su feminidad. Lo femenino es una realidad humana compartida por todos los seres, masculinos y femeninos. Descubrimos en el varón la presencia de lo femenino, del mismo modo que detectamos lo masculino en la mujer. La coexistencia de lo masculino y lo femenino constituye la realidad esencial de cada ser humano. Sin duda alguna la dimensión femenina adquiere especial densidad en la mujer. María, como mujer, es asumida por el Espíritu Santo y da comienzo a la realización escatológica de lo femenino en Dios. Deseo decirles con esto, que nuestra Fiesta engrandece lo femenino.

María era una humilde y anónima mujer aldeana, que conoció de cerca la pobreza y el sufrimiento, la huida y el exilio, pero con impulsos vitales femeninos. Como mujer revela la densidad de su riqueza femenina, especialmente en torno a cuatro ejes: como madre, como esposa, como hermana y como amiga.

Como madre, la mujer está ligada al misterio de la vida. Pero ¡jojo!, ser madre es algo más que engendrar biológicamente; aun sin tener hijo alguno, toda mujer es madre, porque es propio de ella crear y engendrar aquellas circunstancias sin las que la vida se vería amenazada y vacía de sentido.

Como esposa, es a un mismo tiempo próxima y distante. Es próxi-

ma por el amor, por la comunicación confiada, por el hechizo que ejerce sobre el amante. Es distante porque sigue siendo una promesa de vida, un ofrecimiento no del todo realizado.

Como hermana la mujer constituye el amparo del yo masculino y ayuda a desarrollar su dimensión femenina.

Como amiga, la mujer se muestra como la confidente, la acompañante solidaria en el mismo camino; es la Beatriz que guía a todos los Dante en la revelación de los caminos nuevos, que para unos pueden significar el infierno, para otros el purgatorio y para otros el propio cielo.

Estos cuatro ejes fueron vividos íntegramente por María, madre de Jesús, esposa de José, hermana de todos los que creemos como ella y amiga de Isabel y Zacarías. Toda la riqueza de la dimensión de lo femenino fue vivida por ella. Como madre y esposa y, más tarde como viuda, vivió las mil dificultades inherentes a nuestra existencia. Y además era consciente de lo que sucedía en la historia de su pueblo; su cántico del Magnificat revela una inusitada capacidad de indignación ética y de protesta contra las injusticias de la sociedad.

Los padres de María, Joaquín y Ana, hicieron asimilar a su hija el espíritu de los anawin, de aquellos que siguen las dos constantes de los profetas del Antiguo Testamento: en primer lugar, poner su confianza en Dios y no en nuestras habilidades, y en segundo lugar, traducir el culto a Dios en el bien de los pobres. María se sabe, se afirma y se siente pobre, y conoce el sentido de pobre en el Antiguo Testamento. El concepto de pobre en la Biblia es enormemente amplio: abarca a todos los que sufren de carencias, a los que no tienen salud, bienes, prestigio social, belleza, conocimientos, aprecio, libertad, ...a los desamparados. Mas no basta para ser pobre, en sentido bíblico, experimentar alguna carencia. Es esencial la confianza en Dios. El rico pone su confianza, su salvación, en los bienes de este mundo. El pobre pone su confianza en Dios. La joven nazareta abrazó cabalmente el espíritu de los anawin hasta llegar a su más perfecta expresión en el núcleo central del cántico del Magnificat, en el que nos descubre su alma de pobre,

profundamente piadosa que alcanza una plena disponibilidad a los designios divinos colocando su confianza en Dios. Y, amigos, esto es muy grande, es el mismo espíritu de las Bienaventuranzas. El Magnificat es el espejo del alma de María. El Magnificat proclama un completo cambio social, no porque la reciente teología de la liberación lo ha descubierto como un cántico revolucionario, sino porque se canta la verdadera revolución, no la de los hombres, sino la de Dios, y esto me llena de esperanza y de optimismo ante las trágicas situaciones de este mundo.

La Virgen María, nació en Nazareth, el año 15 antes de Jesucristo. Este pueblecito se asentaba en la falda de una colina rocosa, con pequeñas viviendas con su gruta excavada en el subsuelo, en donde habían anillas en las que se ataba a los animales, y pequeños aljibes en los que se guardaba el vino y el agua. Tenían esteras que usaban como cama para dormir y la túnica para cubrirse. Allí vivía la Sagrada familia, y así vivió la Madre de Dios sobre la Tierra durante cincuenta y nueve años. Según la antigua literatura cristiana popular desde su nacimiento al ingreso en el templo pasaron tres; allí estuvo once años y tres meses; dio a luz a Jesús a los quince años de edad; con Jesucristo cuando vivió sobre la Tierra, treinta y tres y con San Juan, once. Todos los cuales dan una suma de cincuenta y nueve años. Estos mismos Evangelios Apócrifos nos describen el aspecto de la Virgen de la siguiente manera: "Fue de estatura mediana, quizás la sobrepasó un poco, su color fue como el trigo moreno, ojos penetrantes, pupilas de color aceitunado, suaves y negras las cejas, floridos y dulces los labios, la nariz fina y proporcionada. Su rostro ni redondo ni agudo, sino ovalado. Manos y dedos finos. Sencilla y de aspecto sereno". No hay certeza de que así fuera, pero si lo fue, la cara de nuestra Virgen del Castillo es el espejo de Ella.

En esos cincuenta y nueve años, impresiona la vida silenciosa de la Virgen María. ¡Qué bonito libro el de Pilar Sánchez Álvarez "¿Qué nos va a ti y a mí?"!, con corazón y saber nos describe una posible y sencilla vida de la Virgen; con seguridad que algunas cosas fueron así. Sólo en siete ocasiones habló María conforme a lo que los evangelistas escriben. Siete veces proferidas como siete actos de amor. Con el arcángel, dos veces. Con Isabel,

otras dos. Con su Hijo igualmente dos veces, y con los criados en la boda de Caná, una sola vez. Siempre habló muy poco, excepto cuando alabó a Dios en el Magnificat. Sin duda, Madre de la Palabra y Reina del silencio.

Cada rasgo revela su perfección como criatura en las tres fases de su vida terrena: al alba: la Inmaculada, liberada del pecado original por un privilegio especial que Dios le concede. Al mediodía: la Virgen-Madre, y al atardecer: la Asunción, que entra en alma y cuerpo a la gloria del cielo. Y en las doce estrellas de su corona pretendemos rezar las doce virtudes practicadas por María: las primeras cuatro, por sus virtudes en relación a Dios -fe, esperanza, caridad y piedad-; otras cuatro por sus virtudes respecto a sí misma -humildad, virginidad, fortaleza y pobreza-; y las últimas cuatro por sus virtudes en relación al prójimo -amor al prójimo, obediencia, misericordia y modestia-.

Y es a esta criatura a quién va dirigida la solicitud de nuestra Fiesta desde hace trescientos cincuenta años, doscientos doce años antes de la promulgación como dogma de fe de la Inmaculada Concepción.

SENTIR DE LA FIESTA

Nuestra Fiesta, en su sentir, da culto de hiperdulía a la Inmaculada Concepción de María. ¿Cómo comenzó?

El 17 de julio de 1642, marcharon hacia Vinaroz sesenta y un yeclanos, al mando del capitán Martín Soriano Zaplana, a defender la unidad de la Patria. Fueron por Almansa hacia Albacete, de Albacete a Valencia por Requena, de Valencia a Castellón, y desde aquí al Castillo-Santuario de San Sebastián en Vinaroz. Cinco meses después y tras recorrer 854 kilómetros, regresaron a Yecla sin sufrir ninguna baja. Para expresar su gratitud a la Virgen, subieron al santuario del Castillo en procesión de fe utilizando la pólvora, destinada para la muerte, en salvas de vida y agradecimiento a la Madre que los había protegido. No se contentan con repetir este

acto de gratitud, sino que comienzan a bajar a la patrona para tenerla unos días en la que hoy llamamos Iglesia Vieja. Así empezó todo, con la magnificencia de su sencillez.

Ya son, por tanto, tres siglos y medio en los que Yecla expresa su profundo sentimiento mariano, a través de una Fiesta, que ateniéndose a un protocolario ritual, no ha perdido nunca su carácter originario. En las actuales ordenanzas se puede leer: "El espíritu que alienta y anima a la Compañía Martín Soriano Zaplana es el sentirse heredera y depositaria de la más relevante tradición yeclana", y sus máximas son: "La devoción a la Purísima Concepción de María, el amor a España y el cariño a Yecla, en sus gentes, en su historia y en su tradición". ¡Contentos debemos estar los yeclanos de saber que la Fiesta actual, salvo pequeños detalles, conserva la tradición y el ceremonial desde hace trescientos cincuenta años!.

Este arraigo mariano ha estado sobre todo en la sensibilidad de la gente de sencillo corazón, que ha sabido percibir el tenue susurro de la vida de la Virgen del Castillo. Parte de la generación yeclana de este siglo ha perdido esa sensibilidad, y su reconstrucción es la tarea lenta y delicada que emprendió la Asociación de Mayordomos de la Purísima Concepción en 1932; la cuál, a través de sus continuas directivas, ha intentado e intenta mantener la esencia originaria y recobrar la sensibilidad de nuestra Fiesta.

Fiesta grande y solidaria, que confirma la alianza de los yeclanos con la Virgen a lo largo de todos los días del año. Esto es importante, la Fiesta se celebra únicamente los días en que tenemos a nuestra Patrona en el pueblo, pero es el clímax de la ternura que las gentes de Yecla le manifiestan cada día.

El primer acto dentro del año es la Elección de los Clavarios. La emoción que encierra el sorteo de las insignias entre los aspirantes, es digna de presenciar. La alegría del clavario electo no es superable. El minuto de esperanza de "salir" de los aspirantes no elegidos, les hace merecedores de ser clavarios de corazón.

El 5 de diciembre se convoca a los yeclanos. Quince son los cohetes, que lo hacen desde el Santuario del Castillo, uno por cada letra de María Inmaculada. Se contestan desde la plaza Mayor, se izan las banderas, voltean las campanas y truenan las primeras salvas. A la tarde, los alabarderos y tamboreros recorren el vecindario, y por donde van, el frío airecillo yeclano abanica las azules colgaduras de los balcones; símbolo reverente de cortesía.

Quisiera hacerles una confidencia sobre algo que soñé despierto. Un sueño que comienza en el cielo de Yecla tras el estallido de esos quince cohetes. En él, veo juntos a todos los yeclanos de los últimos 350 años, casi ciento cincuenta mil, todos vestidos de fiesta, los tiradores de manera reglamentaria, los cuatrocientos mayordomos con los bastones de mando y las banderas, y los cuatrocientos pajes con sus trajes azules, rosas y blancos. Todos, allá en el Cielo, en encendida procesión están cantando el Himno a la Virgen del castillo ¡ja sus pies!!, ¡viendo su cara!!, ¡en su regazo!!. Se imaginan a todos los que nos han dejado formando la compañía celestial del capitán Zaplana?. ¡Imagínense la Fiesta de la Virgen del Castillo con dos compañías, la celestial y la terrenal, con actos iguales y paralelos en el Cielo y en la Tierra. A este coro celestial de yeclanos, Antonio Coloma Zafrilla podría aplicar esta espinela suya:

*“Simbólica compañía
de un ejército aguerrido,
que jamás quedó vencido,
escolta le da a María.
Ella es su faro y su guía,
impulso de amor, en suma,
para que el fervor asuma
los misterios del encanto
que lleva prendido el manto
de armiño, de sol y espuma”.*

Cuando el día 5 de diciembre los cohetes sobre la ermita, miren hacia arriba y sueñen que, allí en lo Alto, sus seres más recordados también están de Fiesta, y que cuando llegue la reglamentara colación, recibirán el

más grande, cariñoso y limpio beso maternal. ¡Seguro que los ven!. ¡No lloremos por ellos!. ¡Están en Su hogar!.

El 6 de diciembre, día del Paseo, el atardecer nos traerá la escena del Beso a la Bandera, del beso a la Virgen, del acto público que corrobora nuestra fe mariana y en el que puede reafirmarse todo creyente que lo desee.

Al día siguiente, la Bajada. Todos nosotros tenemos predilección por algún día en particular, éste es el mío, aunque no sé el por qué. Poco se duerme esa noche. Al romper el alba, en la Alborada, los arcabuzazos se extienden por todo el pueblo, y alcanzan su máximo en las arcas cerradas en el atrio de la Basílica. Tras reponer energías con unas nutritivas gachasmigas con tropezones, ascendemos por el serpenteante camino del Castillo para recoger y bajar la imagen de la Purísima Concepción. A la tarde, la ofrenda de pólvora se transforma en ofrenda de flores.

La noche nos trae el día de la Virgen. Día con brillo propio, exclusivo. La culminación de la estancia entre nosotros de la Virgen del Castillo llega en la Procesión. Cuando el Alférez enfila la calle de San Francisco, comienza uno de los momentos apoteósicos. ¡Ensalzamos a María con toda la grandeza de nuestra Fiesta! Al tronío incesante de las descargas de los arcabuces, se suma la brisa del juego de la bandera y de los suspiros, de las preces y de los ruegos, y si prestan atención, podrán escuchar el tenaz palmear de las pequeñas manos del paje que anima al abanderado. Ya en el atrio, aromas y estruendos de cada arcabuz y de todos los arcabuces del mundo, se mezclan y estallan de perfume. En esos instantes sentimos que todos los imperios y naciones, y todo el universo celestial, y el universo terrestre y sideral, se ponen en movimiento, arrastrando en dinamismo a todos los que allí estamos, poniendo de relieve la gran belleza y fuerza del momento, gritando al mundo que la raíz de nuestra permanencia y vida está en esa fenomenal catarata de luz, de fuego y de amor... Al final, nuestros ojos brillan, ahogados de mar, al contemplar la empatía mariana del mayordomo y el derramar de sus lágrimas, en ese instante en que la gloria permite la debilidad de los vencedores.

El día último es el de la Subida. Paseos, día del clavario, visitas tradicionales y recepciones, han quedado atrás. En la mañana, la mística Minerva, en la que el pueblo de Yecla, arrodillado y recogido en la pequeña plaza del atrio de la Iglesia, recibe la bendición que el Hijo Soberano de la Virgen manda desde la Custodia, mientras el abanderado juega la bandera bajo los sonos de los arcabuces y del himno de la Patria. En la tarde la imagen de la Virgen retorna al Santuario. El cerro recibe a la noche con el tronar de los últimos arcabuces. La Virgen vuela en andas alrededor del pino de en medio de la plazuela. Los vítores y las salvas hacen eco. Todos entran en la ermita. El cerro enmudece en silencio orante y queda en el aire un sentir triste y solemne hasta la nueva Alborada.

FINAL.

Virgen María, virgen del castillo, ...he dejado mis últimas palabras para dirigirme sólo a Ti y pedirte con humildanza:

“¡Santa María! ¡Madre de Dios!. Contigo y como Tú, queremos los yeclanos ser liberadores:

liberadores de la duda que desorienta, con la fe;

liberadores de la desesperación que mata, con la esperanza;

del odio que oprime, con el amor;

del error que ciega, con la verdad;

de la ofensa que cierra los corazones, con el perdón;

de la discordia que aísla, con la unión;

de la tristeza que destruye, con la alegría;

liberadores de las indigencias que deshumanizan, con la solicitud de nuestra entrega.

¡¡¡Santa María Inmaculada, Virgen del Castillo, Patrona de Yecla, camina con nosotros, y que nuestro último suspiro, lleno de júbilo, sea gritar al Cielo!!!:

¡¡¡Viva la Virgen del Castillo!!!.

He dicho.

Yecla, 28 de Noviembre de 1992.

